

LA POLITICA SOVIETICA FRENTE A EUROPA

Estoy sumamente agradecido de haber recibido invitación para escribir sobre un problema que me parece importantísimo para el porvenir de Europa y, quizá, de cierta actualidad para el desarrollo de España, ya que cuando nos pusimos de acuerdo sobre la fecha, no podíamos saber que se iba a celebrar en Madrid lo que la prensa llama la «cumbre del eurocomunismo», a pesar del hecho de que el eurocomunismo nunca ha existido, por razones que me permitiré expresar después, y además que debemos acordarnos y especialmente se debe recordar aquí, en España, que ciertas maniobras del comunismo internacional no han cambiado mucho en los años pasados, es decir, que de tiempo en tiempo se suceden exactamente las mismas maniobras: la misma estrategia con diferente táctica. Así en una época se habló del «stalinismo», después del «Frente Popular»; ahora se habla del sedicente «eurocomunismo»; este «eurocomunismo» tenía otro nombre en años pasados. En cierto modo, hay un hecho muy curioso en las relaciones internacionales y es que en general se piensa que la gente con un mínimo de inteligencia no repite, año tras año, las mismas faltas que ya se han hecho en tiempos pasados. De manera bastante rara, en las relaciones entre Occidente—Europa—y la Unión Soviética nos encontramos en una situación donde, a través de décadas de años, se repiten los mismos errores, uno tras otro.

Si queremos ver lo que es la realidad de la política eurosoviética frente a Europa debemos decir como primer punto que la Unión Soviética ha estado siempre un paso por delante de las potencias occidentales en el pensamiento de la estrategia mundial. Lo hemos visto, aquí y allá, en la época de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Unión Soviética ya empezó a hacer una política europea en los tiempos en que nuestros países occidentales aún hacían exclusivamente una mera política interior, y ahora vemos que en un tiempo en que por fin el Occidente, especialmente el Occidente europeo, ha descubierto la realidad de Europa y hace una política europea, entonces ya la Unión Soviética se encuentra realizando una política mundial.

Esto, en cierto modo, es la ventaja del modelo político soviético. Es una ventaja por la cual se paga un precio prohibitivo: es indiscutible que nuestras democracias ofrecen un gran desarrollo económico y también grandes posibilidades de desarrollo humano. No es lo mismo que lo que pasa en la Unión Soviética, pero nuestro sistema tiene una desventaja fundamental: que los problemas del porvenir los conoce una minoría mucho antes que la gran mayoría. La gran mayoría en general es consciente de los problemas del porvenir cuando son ya problemas del pasado, y esto es hoy nuestra dificultad política frente a la Unión Soviética.

La política soviética frente a Europa es claramente una política mundial y debemos entonces plantear su problema político europeo dentro del conjunto general del mundo. Ahora bien, en la política mundial hay un hecho fundamental: es que si observamos los últimos treinta años nos encontramos que si en todos estos años la Unión Soviética ha sido siempre, en punto de poder, la segunda potencia mundial, ha tenido en sus manos la iniciativa internacional durante veintiocho de estos treinta años; los dos únicos años en que hubo una diferencia fundamental fueron el año en que el presidente Nixon y el secretario de Estado Kissinger visitaron a Mao Tse-tung y el año siguiente, porque en estos dos años hubo un cambio fundamental en la situación mundial: entonces los Estados Unidos no sólo eran, en cuanto a poder, la primera potencia del mundo, tenían también la increíble ventaja de ejercer el arbitraje entre Rusia y China, ya que las relaciones de Washington con Pekín y con Moscú eran mejores que las relaciones entre Pekín y Moscú. Todo esto cambió a consecuencia del escándalo del Watergate y de todo el desarrollo de la política interior de Estados Unidos.

Ahora bien, si nos preguntamos por qué fue posible que la segunda potencia del mundo, contrariamente a todo lo que pasó en los siglos pasados, tuviese todo el tiempo, o casi todo el tiempo, la iniciativa política en sus manos, creo que encontraremos tres razones fundamentales:

La primera es que la Unión Soviética ha tenido desde sus inicios una meta política clara, que servía para su diplomacia y para sus acciones subversivas y otras; es decir, que desde los inicios del régimen soviético en la Unión Soviética se decía muy claramente que toda la política servía al ideal de la revolución mundial; desde los tiempos del entusiasmo de Lenin al período de la guerra fría de la inmediata posguerra, la coexistencia y el período actual, dominado por la KGB, en el cual revolución mundial es, ante todo, soberanía limitada en los

estados ocupados y extensión de la hegemonía y de la burocracia dominante en el Kremlin; pero debemos reconocer que el dinamismo aún permanece y que se puede hacer muy fácilmente una diplomacia que tiene metas muy claras y que, por otra parte, es mucho más difícil hacer acciones de política internacional cuando el ideal supremo es un ideal puramente defensivo.

En segundo lugar, existe el hecho de la extraordinaria estabilidad del régimen soviético. Tomemos un solo ejemplo: el actual ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko. El señor Andrei Gromyko ha sido diecinueve años ministro de Asuntos exteriores de la Unión Soviética; antes estuvo once años como primer subsecretario de Asuntos Exteriores; es decir, que de hecho tiene treinta años de experiencia como jefe de la diplomacia soviética. Además, no olvidemos que desde los tiempos del fin de la Segunda Guerra Mundial hasta ahora, él es solamente el tercer ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, lo cual trae como consecuencia que él es un verdadero profesional de la diplomacia internacional; no existe un problema que no haya visto en su vida. Y es que hay un hecho también fundamental: que en todas las cosas el profesional, aun el menos inteligente, tiene más ventaja que el «amateur», aunque sea tan inteligente como cualquiera. Saben ustedes que esto no solamente se aplica a la diplomacia; lo vemos también en los deportes. Por ejemplo, tomemos los Juegos Olímpicos; sabemos muy bien que los que ganan las medallas de oro nunca son «amateurs», sino que en su mayoría son profesionales. En la diplomacia también ganan las medallas de oro los que la conocen, que no necesitan ser tan inteligentes como los que no tienen experiencia.

Y después, en tercer lugar, existe el hecho de que la Unión Soviética, durante todos estos años y quizá por el profesionalismo de su policía y de los hombres que dirigen sus asuntos exteriores, ha hecho siempre una política extranjera creíble, es decir, que nunca cayeron en esa espantosa equivocación que hicieron más de una vez nuestros amigos estadounidenses de hacer una política de potencia sin utilizar los medios de la potencia. Eso es exactamente lo que la Unión Soviética nunca ha hecho. Y ahora lo vemos muy claramente en el esfuerzo militar que siempre da el fondo verdadero de la credibilidad de la diplomacia de la Unión Soviética.

En el año pasado, en 1976, más del 20 por 100 del ingreso total del pueblo soviético ha sido gastado en fines militares, lo que es una suma enorme y no tiene comparación con ningún otro país en ningún otro tiempo de la Historia, por lo menos en tiempos de paz. Es un esfuerzo

excepcional, de hecho, que se debe admitir que muy probablemente es imposible que se extraiga todo este dinero del pueblo soviético en el estado bastante malo de la economía soviética. Esto nos lleva a reconocer otros dos puntos de los cuales estos recursos para el desarrollo militar han sido extraídos. Primeramente, existe el hecho, que se olvida con frecuencia de que la Unión Soviética o Rusia, como ustedes quieran llamarla, es la única potencia colonial en el mundo, hoy en la época de descolonización, contra la cual nunca se habla en los planes de descolonización.

Colonias de Rusia no son solamente los países europeos que han pasado a estar bajo la hegemonía del Kremlin después de los acuerdos de Yalta; no olvidemos que hay también colonias rusas en los países asiáticos y especialmente lo que nosotros llamamos en general largas partes de Siberia, ya que es un hecho demasiado poco conocido en Europa occidental que los franceses, por ejemplo, llegaron a Africa occidental mucho antes de que los primeros rusos llegaran a Siberia.

Estos son hechos que ahora comienzan a ser problema verdadero, porque si ustedes toman las estadísticas que salieron en los censos de la Unión Soviética de los últimos años después de la Segunda Guerra Mundial vemos un alza continua de gentes de raza amarilla, lo que creará en el porvenir un problema muy serio para la Unión Soviética. Pero en el momento presente las colonias de Siberia, como las colonias de Europa, también dan facilidades económicas que permiten el extraordinario desarrollo militar, y además tienen otra posibilidad de ingresos que somos nosotros, porque ese es el resultado de esta extraordinaria política occidental de otorgar créditos a la Unión Soviética, créditos que en general, desde el punto de vista del interés y de la duración, dan a la Unión Soviética, es decir, a nuestros enemigos comunistas, condiciones que no damos a nuestra propia población. Y ello, además, en cantidades que ya empiezan a ser bastante serias; porque no olvidemos, por ejemplo, que después de la Segunda Guerra Mundial fue el Plan Marshall lo que permitió el extraordinario desarrollo económico en los inicios del milagro económico europeo. Ese Plan Marshall fue del orden de los 16.000 millones de dólares americanos. Si leemos ahora el informe que publicó el OSD el 1 de enero de este año sobre los créditos concedidos a la Unión Soviética por Estados y por Bancos privados e intereses privados de Europa occidental y de Estados Unidos a la Unión Soviética, éstos sobrepasan el último día de 1976 los 40.000 millones de dólares. Es decir, que son un múltiplo de lo que los europeos habían recibido bajo el Plan Marshall, y, como vemos, aún no han servido de mucho, pero estos créditos hoy

son solamente un comienzo, porque si leemos ahora la prensa soviética podemos ver que ellos esperan de nosotros que les otorguemos un mínimo de 10.000 millones de dólares este año de 1977, de los cuales un largo tercio sería concedido por el sector privado y los otros dos tercios serían por los inefables gobiernos occidentales.

Este es un hecho que al parecer ya ha llegado a la zona de peligro. Hubo hace poco tiempo un caso en el Bundestag alemán —en el Parlamento alemán— en que alguien, debatiendo el problema de estos créditos soviéticos, decía al presente ministro de Hacienda de la República Federal Alemana que los soviéticos siempre eran pagadores muy puntuales, que eran económicamente responsables; «sí —contestó el Ministro—, son eminentemente responsables en sus relaciones económicas, porque cuando llega la hora de pagar, o pagan puntualmente o vienen en persona». Y entonces debemos tener la preocupación de que habiendo llegado a un punto en el que nos podemos preguntar si un día no pueden pagar puntualmente, no llegará la gran tentación de venir ellos mismos.

Ahora bien, esta política soviética se plantea dentro de los problemas estratégicos del Kremlin frente al mundo. Estos problemas son, en primer lugar, las relaciones chino-soviéticas; esta ha sido la verdadera obsesión de los dueños del Kremlin desde hace muchos años. Recuerdo que el entonces primer ministro de Gran Bretaña, inmediatamente después de los acontecimientos de Hungría, fue el primero en ir a Moscú para empezar de nuevo una política de coexistencia pacífica. Fue el señor Harold McMillan. A la vuelta de Moscú lo vi pocas semanas después y me contó algo muy típico: pasó una de las tardes de su visita a Moscú en la «dacha» de Kruschov, y estando ellos solos, solamente con un traductor, hablaban de todos los problemas de entonces en política internacional; después de haber charlado largamente —más de dos horas—, en un momento Kruschov se detuvo y dijo al señor McMillan: «Qué raros somos nosotros; aquí estamos dos personas de entre las más importantes del mundo entero y hemos pasado más de dos horas discutiendo problemas que ni siquiera son dignos de nuestra atención, porque existe un solo problema del cual deberíamos ocuparnos, es el hecho de que cada año nace una Checoslovaquia entera en China.» Entonces ya el problema chino era el re-problema número uno para la Unión Soviética, y claro que, desde 1958, el problema ha empeorado mucho para la URSS. Claro que hay que añadir que hasta hoy China no ha hecho una política activa frente a la Unión Soviética, pero si observamos los largos planes de los dirigentes chinos, vemos han desarrollado por completo su aspecto

decisivo: desde el punto de vista de preparación defensiva frente a una guerra nuclear, creo que China es el único país que está verdaderamente preparado. Ahora pasan a las armas ofensivas; esto también durará lo que durará, puede durar diez, quince o veinte años, no importa; los chinos no tienen prisa, pero en todo caso, a largo plazo, es el problema fundamental de los dirigentes soviéticos. Para hacer frente a este peligro hay dos puntos de importancia que la Unión Soviética debe realizar:

El primero es que debe reforzar su posición en Siberia, tras los años que ha perdido a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Hubo un periodista bastante especializado en problemas internacionales que no hace mucho tiempo escribía que quizá cuando se escriba la Historia de nuestra época, después del año 2000, llegaremos a la conclusión de que los grandes perdedores del acuerdo de Yalta no seremos nosotros, los occidentales, no serán los pueblos de Europa Central, sino Rusia, porque Rusia perdió con sus conquistas en el Occidente los veinte años decisivos en que se hubiera podido modificar fundamentalmente toda la estructura interior de Siberia, lo que ya no es posible. Pero, a pesar de esto, si analizamos la política de la Unión Soviética frente a los países del Pacto de Varsovia y del Comecón, vemos existe una presión muy fuerte sobre estos países para forzarlos a invertir lo que puedan en Siberia, para reforzar esta parte del mundo, que un día será un centro de ataque formidable. Y, además, un segundo propósito de la política soviética es claramente aislar a los Estados Unidos, para que no tengan nunca la posibilidad de volver a la política de Nixon y Kissinger, es decir, a la política de entendimiento con los chinos. Al servicio de esta política, existe una posición clave en el mundo sin querer exagerar su importancia, y es la Europa occidental. Porque Europa occidental tiene los recursos necesarios para reforzar la política soviética en Siberia y tiene los recursos humanos que necesitaría la Unión Soviética para hacer frente a cualquier peligro internacional.

Ahora bien, la política occidental presenta un problema muy serio a la Unión Soviética, es decir, que hoy, con las posibilidades y los medios de hacer la guerra, ya no se puede hacer una guerra económicamente defendible, solamente contra países productores de materias primas, porque en los países productores de materias primas, la riqueza está bajo tierra, no es destrozada por una guerra y puede ser utilizada inmediatamente después de la terminación de un conflicto. Pero nosotros en Europa occidental no somos productores de materias primas, nuestra riqueza es nuestra tecnología, nuestras es-

estructuras industriales. Somos, de hecho, estados-fábricas y entonces una conquista de la Europa occidental por la Unión Soviética no les daría ventajas decisivas a corto plazo, porque destrozaría toda nuestra superestructura y entonces ya no tendría esta utilidad que ellos necesitan. Es por esto que frente a Europa occidental la idea es ese pensamiento de conquista sin guerra que se llama la «finlandización». Tenemos, como buen ejemplo, el del infeliz pequeño país de Finlandia, que hoy día mantiene, hacia fuera, sus estructuras democráticas, que, hacia el interior, mantiene, hasta cierto punto, sus estructuras de economía libre, pero en el cual todas las últimas decisiones son tomadas en interés de la Unión Soviética. Es decir, que la Unión Soviética manda, de hecho, en Helsinki, pero solamente en los puntos importantes, de tal manera que mantiene la productividad de Finlandia, pero la utiliza solamente para los fines de la Unión Soviética. Y éste es el gran plan frente a Europa occidental, como se ha demostrado muy claramente en julio de 1975 en las discusiones de Helsinki y como lo veremos este verano en la conferencia de Belgrado, que será subsecuente a lo que pasó en Helsinki.

Ahora bien, en esta Europa occidental hay otro problema para la Unión Soviética. Este segundo problema es el hecho de que la Europa al norte de los Alpes es una Europa muy fortificada interiormente, es decir, que es políticamente una Europa fuerte y que por esto para obtener el control sobre esta Europa políticamente fuerte el mayor trabajo se debe hacer fuera del lugar mismo para influir la cultura política de esta Europa al norte de los Alpes. Esto se hace, yo creo, sobre tres líneas importantísimas de las cuales dos son directas, es decir, el Mediterráneo por una parte; la otra, el control de la navegación internacional, pero que sale primeramente de la reorganización dentro del bloque soviético mismo, porque la diplomacia soviética como la política militar, siempre procede según ideas estratégicas y para una buena estrategia lo que se debe hacer primeramente es consolidar la posición interior antes de avanzar, para tener base sólida para la próxima etapa. Esto es lo que vemos hoy en la política de Unión Soviética frente a los países de régimen comunista de Europa Central y Oriental.

A primeros del año pasado 1976, la República Democrática Alemana, es decir, la República Comunista Alemana, firmó un nuevo acuerdo de amistad y cultura con la Unión Soviética. Ustedes saben muy bien que los países comunistas firman cada semana por lo menos un acuerdo de cultura o amistad. Es para dar sentido a una vieja ley humana: el hombre siempre habla de lo que no tiene. Cuando usted

tiene hambre, habla de comidas; si está encarcelado, habla de libertad y si no tiene ni amistad ni cultura firma acuerdos de amistad y cultura. En consecuencia, nuestra prensa occidental ya no da noticia de estos acuerdos; que ocurren a lo largo de los días en Europa Central y Oriental. Fue una lástima que se encontrara en este acuerdo entre la República Democrática Alemana y la Unión Soviética un párrafo que tenía una importancia sobresaliente: el que contenía la promesa, por ambos firmantes, del acuerdo, de una asistencia militar completamente ilimitada del uno hacia el otro. Ahora bien, esto significó por lo menos entre la Unión Soviética y la Alemania del Este un cambio fundamental en la estructura de las alianzas presentes. Como ustedes saben, hoy día las dos grandes alianzas en el mundo, la NATO en Occidente y el Pacto de Varsovia en el Este, son geográficamente limitados; la asistencia en la NATO se limita a la zona del Atlántico del Norte y el Pacto de Varsovia está limitado a la zona europea. Firmando este tratado con asistencia ilimitada, por primera vez un país del Pacto de Varsovia tenía la obligación de entrar en cualquier conflicto que tuviera la Unión Soviética en cualquier parte del mundo, sea en Africa o en el Océano Indico. Esto significa un cambio fundamental, especialmente en la época en que tenemos las armas balísticas intercontinentales, es decir, que el espacio ya no cuenta en caso de guerra como contaba aún en los tiempos de Hitler y de Stalin, con la consecuencia de que hoy día cualquier conflicto que empiece en cualquier sitio del mundo, por parte de la Unión Soviética, se extenderá automáticamente hasta el corazón de Europa. Pero el peligro es aún mayor, porque ya vemos ahora que este tratado entre la Unión Soviética y la Alemania del Este se impondrá, uno tras otro, a todos los países de Europa Central que son miembros del Pacto de Varsovia, de tal manera que, si externamente permanece el Pacto de Varsovia como era en sus inicios, en el fondo habrá cambiado completamente de naturaleza, y esto será un primer paso hacia un desarrollo futuro que ya se ve en la preparación propagandística que siempre se da antes de que lleguen los hechos políticos importantes. Ahora vemos, en todos los países de Europa Central del Pacto de Varsovia, una campaña cada día más fuerte para decir que la noción de nacionalidad está superada. Lo hemos visto en el Parlamento de Alemania del Este, que está siempre al frente de estas actitudes, que ya ha aprobado una ley diciendo no existe nacionalidad alemana. Ahora bien, el presidente de Checoslovaquia, ha dado un paso al frente, diciendo que los Estados miembros del Pacto de Varsovia ya no tenían ninguna justificación, y ya vemos, por ejemplo,

en publicaciones, cómo el gran periódico de las Juventudes Comunistas de Checoslovaquia expresando claramente que, de ahora en adelante, será necesario que los países del Pacto de Varsovia pidan la admisión como repúblicas parciales de una Gran Unión Soviética, lo que correspondería a las condiciones del presente. Esto, que parece venir dentro de, relativamente pocos años, cambiará, si ocurre así, fundamentalmente, todos los hechos en Europa Central, por dos razones:

Primeramente, porque entonces habrá todas las posibilidades de extinguir naciones que plantean problemas serios a la Unión Soviética, ya que puede decirse que dentro de la Unión Soviética hay un movimiento completamente libre de gente, y se podrán hacer sobre esta base cambios de poblaciones, como lo vimos por ejemplo, con los tártaros en Crimea. Y, además, un segundo aspecto importantísimo; se suprimirán todos los ejércitos nacionales de Europa Central. Estos ejércitos nacionales están hoy bajo el mando comunista, pero para la Unión Soviética, y no hemos de mirar solamente la planificación de los ejércitos del Pacto de Varsovia, no son ejércitos de confianza, porque tienen aún un sentido nacional, que es largamente opuesto al sentido del imperialismo soviético: entonces, si entran en la Unión Soviética, los jóvenes de Hungría, Checoslovaquia y Polonia serían directamente llamados a servir los colores del ejército rojo, formarían parte de unidades en las que habría mayor parte de rusos, de tal manera que perderían un poco más de su nacionalidad y además habría posibilidad de controlarlos mucho mejor que la que existe ahora bajo la construcción presente. Es un hecho que debemos observar mucho, ya que se aproxima muy rápidamente a nosotros y puede tener un impacto muy fuerte sobre nuestro desarrollo europeo. En segundo lugar, existe una ofensiva sobre el plan de la política interior de Europa y no quiero hablar demasiado de este asunto, pero quiero atraer su atención primeramente, sobre el hecho, también fundamental, de que en la confrontación mundial entre el totalitarismo soviético de un lado, y las democracias de otro, no hay balance de fuerzas posible ni pensable.

En el siglo XIX aún, la política extranjera era, ante todo, la diplomacia. Hoy día, la diplomacia mantiene su importancia, pero ya no es completamente decisiva en política extranjera, ya que la propaganda juega un papel extraordinario en todos los acontecimientos internacionales, como hemos visto en la práctica, por ejemplo, en la derrota de Estados Unidos en la guerra de Vietnam. Ahora bien, en cuanto al plan de la propaganda, existe un gran déficit en la ba-

lanza entre nosotros y la Unión Soviética, ya que permitimos a la Unión Soviética presentar todos sus puntos de vista como les da la gana a nuestra opinión pública, pero la Unión Soviética en los regímenes comunistas no nos permite la reciprocidad, de tal manera, que ellos pueden influir a nuestra opinión pública. Miren solamente lo que pasó en las últimas veinticuatro horas, aquí mismo, y por otra parte nosotros no tenemos la posibilidad de enviar a alguien de nuestros países para hacer una «cumbre» en Moscú. Eso no lo permitirían y, si lo permitieran, que no creo, no publicarían ni una palabra ni una fotografía en la prensa soviética.

A más de esto, existe otro hecho, y es que la política es también problema de dinero. Hoy día, la Unión Soviética puede financiar los partidos que quiere en nuestros países occidentales. Nosotros tampoco tenemos reciprocidad, no podemos hacer nada para ayudar a nuestros amigos dentro de los confines del mundo comunista. No existe reciprocidad. A esto, claro, se añade otro hecho y es que desde el punto de vista de los medios informativos y especialmente desde la explosión extraordinaria de la televisión, se ha producido también un cambio fundamental entre la opinión pública soviética y nosotros. La Unión Soviética, hoy, es el único régimen en el mundo que aún tiene el privilegio de ser aburrido. No hay nada más aburrido que los programas de televisión soviéticos o los artículos de fondo de *Pravda* o *Svestia*. En nuestros países, por otra parte, ya no tenemos este privilegio, de tal manera que especialmente nuestra televisión se encuentra en una situación muy difícil; ahora no quisiera hablar de una manipulación sistemática, que vemos en muchos medios de comunicación hoy en día a favor siempre de una cierta tendencia política; hay también lo que yo llamaría la «manipulación institucional» y que es de la estructura misma de los medios, especialmente de la televisión. La televisión tiene un deber que no puede cumplir: es que debe ofrecer noticias que nos interesen, que sean agradables, interesantes, que apasionen durante muchas horas del día. Ahora bien, todo lo que es vida normal no es interesante; se podría utilizar la fórmula del obrero que trabaja, el estudiante que estudia, el sacerdote que cree en Dios, no vale la pena salgan en televisión; ya que hacen exactamente lo que se espera de ellos y sólo en el momento en que hacen lo contrario de lo que se espera de ellos es cuando son interesantes y nos los muestran en las pantallas de televisión. Esto lo vemos ahora en todas las televisiones occidentales, donde sólo la más pequeña parte de la vida práctica participa del mundo de sueños de la televisión, de tal manera que hoy día, en toda Europa occidental la televisión es un medio de des-

información y de deformación política. Y esto es algo extremadamente peligroso para todo el Occidente. Es sobre estas bases que se pueden realizar casi todas las etapas políticas planeadas por la Unión Soviética; desde la política de los frentes populares a la petición de libertad y amnistía, manifestaciones populares de presión, huelgas salvajes, política de enfrentamiento y división de los Partidos, choques locales, etc. Esa continuará siendo el arma de la KGB y del ejército Rojo. Esto lo ha dicho con mucha franqueza Breszniev en su discurso del 25 de febrero de 1978 en Moscú, discurso que nadie ha leído en Occidente, por la sencilla razón de que como duraba cinco horas era tan aburrido que nadie estaba dispuesto a leerlo.

Pero, además, hay otro hecho sobre este eurocomunismo que no debemos olvidar y es, primeramente, que modificar algunas palabras en programas que se presentan al público, es fácil; las palabras no son caras. Lo fundamental, a mi modo de ver, es la relación de la Unión Soviética con otros partidos o con potencias extranjeras. Desde este punto de vista, hubo hace seis días, un debate televisado entre el ruso Amalrik, de un lado, y el eurocomunista hoy aquí, en la Castellana, el señor Georges Marchais de Francia. Este debate fue admirable y es por esto que nadie habló de él, porque Amalrik, que conoce la técnica del otro lado, uno de los pocos que la conocen verdaderamente, puso a Marchais en tal postura que debió admitir que todo el eurocomunismo, a largo plazo, no es más que una estafa política. Esto fue dicho muy claramente, pero, ¿quién quiere escucharlo?, ¿quién quiere verlo?

Además creo que hay otro punto que no debemos olvidar: estaríamos quizá dispuestos a aceptar que pudiera existir un comunismo europeo independiente de la Unión Soviética, es decir, que viva de sus propios recursos nacionales. Yo estoy dispuesto a aceptarlos entonces, por una sencilla razón, porque una cosa es segura, si ya no tienen el dinero ruso, todos estos partidos, al cabo de seis meses, caerán por lo menos a la mitad de su fuerza presente, ya que si ustedes observan las campañas electorales que vemos en todas partes de Europa, ocurre siempre lo mismo, todos los partidos que se llaman socialistas o capitalistas tienen siempre problemas económicos muy serios; el único partido que nunca ha tenido problemas económicos es el Partido Comunista.

Hubo un hecho típico en la campaña electoral en Alemania en septiembre pasado. El pequeño partido comunista alemán EDKP, que obtuvo menos del 1 por 100 de los votos, gastó más en propaganda que todos los otros partidos políticos reunidos. Estos son los hechos verda-

deros; además quisiera contar una anécdota sobre el señor Marchais. Este señor, hace unos cuatro meses, en una rueda de prensa declaró que su partido era completamente independiente de la Unión Soviética, ya que vivía solamente de lo que cotizaban los miembros del Partido. Entonces hubo un equipo de periodistas, creo que del periódico *L'Europe*, que hicieron la cuenta solamente a base de lo que los comunistas franceses habían declarado; sumaron lo que habían gastado en el año 1975 y después dividieron esta suma de dinero entre el número de miembros públicamente admitidos por el Partido Comunista. Y se encontró que si el señor Marchais había dicho la verdad, cada miembro habría pagado al Partido, anualmente, 3.600 francos y claro, esto es completamente imposible. También se sabe que la financiación del Partido Comunista francés pasa a través de un Banco (Le Banque de Pays du Nord) que pertenece al gobierno soviético, que por esto no está controlado, ya que tiene concedida inmunidad diplomática por las autoridades francesas y, de esta manera, puede pasar todo los fondos que le plazcan.

Además de la acción en política interior, existe lo que podría llamarse la ofensiva exterior contra Europa occidental. Esta consiste primeramente en la ofensiva contra nuestras estructuras económicas, ya que se intenta ponernos políticamente bajo presión soviética, a través de nuestra dependencia económica, y esto es especialmente importante en un momento en el cual ha cambiado fundamentalmente la situación soviética en el mundo árabe. Hace dos o tres años el mundo soviético podía esperar triunfar en el mundo árabe. Gracias a la política muy sabia del rey Feisal, de la Arabia Saudita, y del presidente Sadat, de Egipto, hoy han cambiado fundamentalmente las condiciones en el Próximo Oriente. Hoy la Unión Soviética está en todos los países árabes a la defensiva y toda la orientación de aquéllos es claramente prooccidental. Es por esto que ahora el punto capital del ataque soviético es Africa del Sur, es decir, tres países: Rhodesia, la República Sudafricana y el Sureste africano. En estos tres países existen enormes reservas de materias primas, que Europa necesita desesperadamente, pero, a corto plazo, hay especialmente tres de esas materias primas que son de importancia capital para nosotros. Primero, está el problema del cromo, del cual hoy el 84 por 100 se produce en Rhodesia; es decir, que de hecho tiene casi el monopolio de la producción mundial, aparte de un poco de producción de este metal en Turquía y la Unión Soviética, como ustedes habrán visto en los periódicos hará dos o tres días el Senado americano ha aprobado una ley diciendo que de ahora en adelante ya no comprarán el cromo pro-

ducido en Rhodesia. Es una parte de esa campaña de virtudes que ahora destaca tanto la política de los Estados Unidos. Ahora bien, antes, hace unos años, también hubo un bloqueo contra Rhodesia sobre la compra de cromo a favor de la Unión Soviética; yo conozco un poco esto y sé lo que pasó entonces: los Estados Unidos decidieron no comprar el cromo de Rhodesia; entonces vino la Unión Soviética, compró el cromo el 30 por 100 más barato que el precio mundial, lo puso en los mismos puertos de Suráfrica, lo llevó a Estados Unidos como cromo soviético y cobraron un precio el 30 por 100 más caro de lo que ellos habían pagado por él. Negocio admirable, y estoy absolutamente seguro que esto pasará de nuevo.

En segundo lugar, hay el problema del uranio; no olvidemos que las minas más importantes de uranio en el mundo, que para la energía es elemento importantísimo, se encuentran en el Sureste africano y que estas minas, para los próximos veincinco años serán las más grandes grandes productoras de uranio. Y, además, lo que se olvida demasiado en nuestros países occidentales: gracias a Siberia y al desarrollo de la explotación de materias primas en Siberia, la Unión Soviética ha pasado a ser el segundo productor de oro del mundo. Como ustedes saben, el primer productor es Africa del Sur. Ahora bien, si la Unión Soviética tuviera la posibilidad de controlar Africa del Sur como controla Angola y Mozambique, podrían pasar dos cosas: o planean un desarrollo en Africa del Sur similar al de Mozambique, es decir, que la producción cesaría completamente, porque nadie trabaja (entonces la Unión Soviética tendría una ventaja extraordinaria, porque en ese momento subiría extraordinariamente el precio del oro, subiendo también el precio del oro soviético) o, lo que es aún más probable, harían que continuase la producción de oro en Africa del Sur y en ese momento la Unión Soviética tendría un monopolio completo del oro en el mundo y entonces nosotros reconoceríamos lo que significa, de hecho, todavía hoy, el oro en el comercio internacional y especialmente en el comercio de los países productores de materias primas.

Otro hecho importante sobre Africa del Sur es, claramente, el problema de la navegación. Europa occidental está muy dispuesta a olvidar que el 51 por 100 de todas las mercancías que viajan por mar, pasan por el Cabo de Buena Esperanza, y más del 60 por 100 de todo el petróleo que nosotros utilizamos en Europa, también pasa por el Cabo; de tal manera que quien controle el puerto de Simonstown, en Suráfrica, será el dueño de las vías marítimas de las cuales nosotros dependemos. Este es el profundo sentido de la ofensiva, hoy, contra Afri-

ca del Sur, una ofensiva de la cual, con toda honestidad, hay un solo país que habla con franqueza, y es China. Las informaciones de la Agencia China sobre los acontecimientos de Africa del Sur y especialmente la importancia de este hecho sobre el porvenir de Europa, son verdaderamente extraordinarias, y yo debo decir, con mucha franqueza, leyendo muchas de estas publicaciones que nos vienen de China, que muchas veces pienso que para nosotros sería muy bueno tener algunos ministros de Asuntos Exteriores chinos en Europa, en lugar de otros que no ven tan claramente los intereses de nuestros países.

Además de Africa del Sur, existe otra zona vital: el Mediterráneo, lo que Churchill ya llamaba en tiempos de la Segunda Guerra Mundial «el ala más débil de Europa». Esta es la situación del Mediterráneo hoy, como también lo era en tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando hablamos del Mediterráneo, en Europa occidental, pensamos demasiado solamente en Italia y Yugoslavia. Indiscutiblemente, ambos países son importantes, pero yo creo que no son decisivos; lo decisivo es una cuestión muy sencilla: si quedará en el Mediterráneo la Flota Roja de la Unión Soviética o la VI Flota Americana. Esto decidirá el porvenir del Mediterráneo. Ahora bien, el enlace de la VI Flota Americana con sus bases estadounidenses sólo estará asegurado con el dominio de Gibraltar. De tal manera que si un día ese Estrecho se encontrase en peligro, los americanos se verían forzados a retirar su Flota del Mediterráneo, tanto si les gusta como si no, cambiando fundamentalmente así, los presupuestos de la política internacional.

La libertad en ese Estrecho sólo puede ser asegurada hoy por dos países: España y Marruecos. Si colocamos todos los problemas políticos de hoy en esa perspectiva, éste es el gran punto estratégico mundial. Y esto explica claramente la ofensiva política que ahora se desarrolla en contra de España y lo que se hace frente a Marruecos, que forzó a este país, hace dos días, a retirarse de la Organización de Unidad Africana, ya que se han hecho, especialmente por la vecina Argelia, tantas provocaciones que Marruecos no podía continuar dentro del Sistema, por lo menos por el momento. Esta será la batalla decisiva. Por ello es tan importante todo cuanto ocurra en este país. Lo que pase en España no es solamente un problema español, es, ante todo, *el problema del porvenir del Continente europeo*. Ya hemos conocido varias veces en la Historia, momentos en que España tenía que defender, verdaderamente, a toda Europa. En 1977 se plantea de nuevo el porvenir del Mediterráneo y, a través del Mediterráneo, de Europa occidental, posiblemente el porvenir de toda la Humanidad.

En esta lucha por la supervivencia, por obra de las grandes superpotencias del mundo, no podemos contar mucho con la ayuda extranjera, no podemos contar decisivamente con la ayuda de Estados Unidos, que tiene sus problemas, muy difíciles de política interior e incluso otros problemas internacionales que, aunque sean para nosotros importantísimos, por ser amigos de Estados Unidos, hacen que no podamos contar con su ayuda más allá de un cierto punto. Y la misma norma puede aplicarse también a China que, en el momento presente, no puede ayudarnos más que indirectamente. Ya Chu-En-Lai lo expresaba muy claramente cuando decía que «aguas lejanas no ayudan contra el fuego». Esto es un hecho con el que debemos contar. El verdadero porvenir de Europa depende exclusivamente de nosotros; la única solución verdadera debe ser encontrada dentro de nosotros mismos. Esta acción europea debe plantearse sobre dos planes; uno, el de la política interior de todos los países. Ustedes saben bien que, ahora está de moda hablar de movimientos irreversibles, irresistibles. De nuevo se plantea aquí este mito increíble de las corrientes políticas irresistibles, siempre apoyado en la teoría de que esa corriente irreversible es a favor del marxismo totalitario. Ahora bien, yo soy ahora muy mayor y me acuerdo de cuántas corrientes irresistibles conocí en mi vida, incluso por ejemplo la corriente formidable que fue Adolfo Hitler y su nacionalsocialismo y casi nadie se acuerda ya de este hecho; entonces esto estaba ya en la bola del porvenir como corriente irresistible. De hecho quien vive un poco la política activamente, sabe una cosa: en política no existen corrientes irresistibles. No hay nada que sea irresistible y predeterminado. En política existen solamente tres cosas que son decisivas: una fuerte personalidad, un trabajo serio sobre la base y un programa muy claro defendido con valentía. Esto es, yo creo, lo que puede resistir a la ofensiva en el frente interior. Pensemos solamente que todo en cada Patria depende solamente de la decisión individual de cada uno de nosotros, de hacer lo que se piense que está justificado. Y, además, en el plano internacional la única posibilidad de resistir a la presión internacional es la unificación europea, porque, si nosotros miramos nuestro mundo desde la perspectiva Polar, veremos somos el punto débil del mundo industrializado. Si continuamos en esta Europa con las fórmulas del siglo XIX, en las cuales aún vivimos, entonces más pronto o más tarde las superpotencias vendrán y ocuparán esta Europa. Y sabemos ya cuál de las dos superpotencias hará esta operación. Es por esto que la unificación europea es un problema de primera importancia y de supervivencia de nuestro Continente.

OTTO DE HABSBURGO

Quisiera terminar con las ideas siguientes: si aceptamos que, frente a la formidable ofensiva de la Unión Soviética, que se desarrolla ahora mismo y que se desarrollará mucho más en los años venideros y vemos que España es uno de los puntos más *cruciales* para el porvenir de Europa y si aceptamos que esta unificación europea es indispensable para resistir a la presión exterior, es necesario que en España también se piense cada día más en entrar en el conjunto político-económico de Europa, para hacer ese bloque unido con el resto del Continente que nos dará seguramente, incluso frente a la Unión Soviética, esa seguridad que viene de nuestra fuerza y esa prosperidad que viene del potencial de nuestra economía. Y viendo la situación de este modo, creo que podemos decir: la situación es enormemente crítica, y peligrosa pero, en ningún caso, está perdida; por el contrario, hoy día, tenemos todos los recursos que necesitamos para asegurar el porvenir de Europa. Pero para esto lo que necesitamos es, en cada uno de nosotros, absoluta determinación, valor y disposición para trabajar seriamente hasta que nuestros ideales se realicen.

OTTO DE HABSBURGO